

Hacia una lectura ecológica de la Biblia

Ignacio Nuñez de Castro

I Ecologismo y Ecología

Cuando la bandera ecologista es levantada por una serie de partidos políticos en Europa occidental en todas partes, y aparecen grupos seriamente preocupados por el deterioro de nuestro planeta, sería ingenuo pensar que nos encontramos ante una nueva moda. ¿Será el "ecologismo" uno de los muchos "ismos" nacidos en la segunda mitad del siglo XX? ¿Un movimiento efímero entre tantos que han aparecido en la juventud cansada de mesianismos salvadores? ¿El éxito del ecologismo nace solamente de la postura contestataria que el movimiento tiene en sí, o existen algunos otros factores que puedan explicar en parte la subida creciente "de los verdes"?

"El ecologismo" es la ideologización, y si se quiere la politización —en el sentido vulgar del término— de algo más serio, que si bien está en el fondo de los movimientos ecologistas, los sobrepasa a todos: la Ecología.

El ecologismo, como movimiento, preconiza el uso social de los recursos naturales y se presenta como un nuevo mesianismo político que intenta salvar al hombre y al planeta (he aquí su originalidad). De alguna manera, el movimiento ecologista se opone al discurso economista dominante y, por otra parte, en su diálogo con la ecología, como ciencia, choca también contra la pretensión de objetividad, que el discurso ecológico, como discurso científico tiene ¹.

Es muy difícil en toda reflexión, que roce de alguna manera la responsabilidad del hombre frente a la naturaleza, suprimir los sesgos, —no siempre faltos de una buena dosis de verdad y razón— con los que el pensamiento ecologista suele presentarse, como son: el alarmismo, la contracultura, la marginalidad, el liberalismo

(1) S. VILLANOVA, Prólogo al libro de D. SIMONNET, *El Ecologismo*, Gedisa, Barcelona 1980.

autogestionario, el antidesarrollismo, e incluso un cierto neorromanticismo impregnado de un culto a la naturaleza pura rousseauniana. Sin embargo, como el gran ecólogo español Ramón Margalef reconoce, la propaganda ecologista es "buena para avivar la sensibilidad del público hacia problemas en cuya solución todos debemos cooperar, y también para agrupar esfuerzos dispersos de diversos cultivadores de la Ecología; pero son de temer las exageraciones, que pueden dañar el progreso de la Ciencia y no solamente la imagen que el público tiene de ella ².

El biólogo alemán nacido en Postdam, en 1834, Ernesto Haeckel, autor de la "Historia de la creación natural", ignoraba que iba a pasar a la historia, no por su actitud polémica y sus extravagantes teorías, sino por haber introducido en la Biología (1869) la ecología, como ciencia de la relación del ser vivo con su entorno ³. Ciencia que nos permite "comprender, hasta cierto punto, de qué manera los diversos organismos se ajustan unos a otros en el seno de su medio físico, dando como resultado la estupenda variedad y la sutil melodía de la biosfera" ⁴.

Por lo tanto, la ecología estudia al ser vivo con las matrices disciplinares del discurso biológico⁵; ser vivo que no puede ser abstraído del medio en el que se encuentra. El medio es la casa viviente de la vida, de ahí el término biosfera, —tan querido para Teilhard de Chardin⁶ como espacio vivo. La ecología va a discernir esa unidad de doble textura compuesta de la conjunción de un biotopo (el medio geofísico) y de una biocinesis (el conjunto de interacciones de todo tipo de los seres que pueblan este biotopo) ⁷. Cuando la naturaleza se humaniza por la aparición del hombre, la biosfera pasa a ser noosfera ⁸, la misma naturaleza se hace humana; de alguna forma es la casa pensante del hombre. La evolución biológica no es solamente referible a los seres vivos, sino también al medio ambiente que soporta la vida.

Los problemas más importantes que tiene planteados la humanidad son ciertamente de índole ecológica: superpoblación, limitación de recursos y calidad de vida, destrucción acelerada de la estructura de la biosfera, contaminación ambiental, delimitación de territorios, movimientos nacionalistas, etc. El problema ecológico constituye, pues, uno de los grandes desafíos planteado por nuestra cultura

(2) R. MARGALEF, *Ecología*, Ediciones Omega, Barcelona 1977, p. 7.

(3) E. M. RADL, *Historia de las teorías biológicas*, Tomo II, Revista de Occidente, Madrid, pp. 198-217.

(4) R. MARGALEF, *La Biosfera entre la Termodinámica y el juego*, Ediciones Omega, Barcelona 1980, p. 1.

(5) I. NUÑEZ DE CASTRO, *Categorías del discurso biológico*, en: A. Dou (ed.), *Evolucionismo y Cultura*, Mensajero, Bilbao 1983, pp. 17-53.

(6) P. TEILHARD DE CHARDIN, *El fenómeno humano*. Taurus, Madrid 1965. Para un glosario de los términos teilhardianos, véase: W. H. KENNEY, S.J., *El fenómeno humano de Teilhard de Chardin. Guía para el lector*, Sal Terrae, Santander 1973.

(7) E. MORIN, *La Méthode. La Vie de la vie*, Ed. Seuil, París 1980, p. 17.

(8) La noosfera es definida por H. KENNEY, *op. cit.* como el medio ambiente en el que, de manera progresiva, los individuos humanos y su colectividad piensan, aman, crean y se sienten unidos.

científico-técnica a nuestro ser de hombres, y por lo tanto, también a nuestro ser de "homo religiosus". ¿Cuál es nuestra responsabilidad ante esta naturaleza que nos ha sido dada? ¿Es posible encontrar en nuestra tradición judeo-cristiana no ya la solución a los problemas actuales, pero sí, al menos, los anticipos para que una reflexión ulterior nos pueda ayudar a resolverlos?

Debemos, pues, agradecer a los movimientos ecologistas el que nos hayan despertado la sensibilidad. Ninguno de los problemas planteados es de fácil solución. Pero ciertamente no podemos declinar la responsabilidad de dejar a las generaciones futuras una tierra más habitable. La ecología, desde una vertiente científica, nos ayudará a la comprensión objetiva de los problemas actuales.

II Comprensión sapiencial de la naturaleza

A lo largo de la historia de las culturas encontramos diversas comprensiones de la naturaleza, apoyadas en un código de interpretación de la misma, desde una filosofía o cosmovisión determinada. Es difícil delimitar los diferentes tipos de mentalidades; más bien nos encontramos con tendencias arquetípicas o modelos de existencia, que conviven en un determinado momento de la historia, y que aún siguen operantes, pero de las que se puede hacer una escueta tipología.

En primer lugar, podríamos colocar la **actitud contemplativa** ante la naturaleza: el ideal para el contemplativo es hacerse uno con la naturaleza y no distorsionarla. A veces, esta actitud se fundamenta en una metafísica monista-panteísta; como el viejo de aquella leyenda china que prefería sacar a mano el agua del pozo, sin utilizar ningún artificio que violentara la naturaleza y tomarla tal como le había sido entregada. La actitud contemplativa acentúa la continuidad del hombre con la naturaleza y de alguna manera supone una visión sacral de la misma.

En la tradición cristiana también encontramos vestigios de esta mentalidad contemplativa. La naturaleza es la huella de Dios ("y yéndolos mirando / con sola su figura / prendados los dejó de su hermosura", nos dirá San Juan de la Cruz), o el lugar donde Dios actúa: "Dios habita en las criaturas, en los elementos dando ser, en las plantas vegetando, en los animales sensando, en los hombres dando a entender"⁹.

El segundo tipo es la que podríamos llamar **mentalidad prometeica**. Prometeo arrebató a los dioses su secreto, el fuego, como primicia de la técnica, y lo entregó a los humanos. El mito de Prometeo es la toma de conciencia del poder de la inteligencia humana capaz de domeñar una naturaleza a la que se desvela y se desacraliza. Toma de conciencia no exenta de un cierto complejo de culpa. La

(9) IGNACIO DE LOYOLA, *Ejercicios Espirituales*, n.º 235.

ciencia, la técnica, el dominio del cosmos es algo propio de los dioses, representación del poder con que gobiernan y dirigen los destinos de los humanos. El hombre, si no acepta ese destino y se rebela, está condenado al castigo. Según D'Agostino, esta **pletas** cósmica no podía generar otra cosa que un quietismo inerte; es el destino de la greccidad helenística, en la cual la pasividad del individuo, frente al propio destino, se aviene con el carácter determinista atribuido a toda la realidad cósmica ¹⁰. Podemos encontrar también en la tradición cristiana elementos de esa mentalidad prometeica, en ciertas actitudes de respeto absoluto a la naturaleza.

La matematización de la naturaleza es el sello del pensamiento moderno que nace con Galileo y Newton. El mundo se concibe como ordenado y capaz de responder en el lenguaje matemático, con el que se le interpela. Con Descartes se priva a la naturaleza de todo sentido propio; la lectura de la naturaleza se reduce a considerarla como materia, masa ponderal susceptible de toda manipulación. La naturaleza es el campo de la operatividad humana, esta actitud tiene como consecuencia el nacimiento de una **mentalidad empirista-mecanicista**. Existe también la versión cristiana de esta actitud que sólo considera la naturaleza como sujeto pasivo de la acción humana. La naturaleza es creada para el hombre "y todas las otras cosas sobre la faz de la tierra son criadas para el hombre, y para que le ayuden en la prosecución del fin para que es criado", dice Ignacio de Loyola en el Principio y Fundamento de los Ejercicios Espirituales ¹¹. Esta versión protagórica cristianizada ha permitido la desacralización y secularización del mundo natural, condición de posibilidad del desarrollo de la técnica en Occidente, pero llevada a su extremo ha tenido el gran inconveniente de haber ocasionado también el auténtico expolio de la naturaleza al que ahora asistimos ¹².

La última actitud es la que podríamos llamar con D'Agostino, **comprensión sapiential de la naturaleza** ¹³.

Esta actitud supone que el hombre y la naturaleza están ligados por el signo de creaturas dentro de un universo que ha nacido de la mano de Dios. Lo humano se integra en la naturaleza y la naturaleza en lo humano, de tal manera que se evita, por una parte, la idolatría de lo natural y, por otra, el rechazo de lo natural. La naturaleza se humaniza y el hombre se naturaliza. La naturaleza es creatura y, como el hombre, está tocada del mal y del pecado, pero conjuntamente con el hombre espera la salvación. "Pues sabemos que la creación entera gime hasta el presente y sufre dolores

(10) F. D'AGOSTINO. *Ecología. I: Dimensión filosófica-teológica*, en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ediciones Paulinas, Madrid 1983, pp. 377-382.

(11) IGNACIO DE LOYOLA. *Ejercicios Espirituales*, n.º 23.

(12) E. MCDONAGH, *Tecnología y escala de valores*, Concilium 11 (1975-3) 454-479.

(13) F. D'AGOSTINO, *op. cit.*

de parto" (Rm 8,22). La naturaleza en el Poverello de Asís, proclamado patrón de los ecólogos, es amada como hermana, no temida ni deseada para dominarla. Más adelante desarrollaremos esta actitud, que podemos rastrear en los libros del Antiguo y del Nuevo Testamento.

III El mamífero dominante

Como afirma Macferlane Burnet, desde el punto de vista biológico, o analizando al hombre con categorías biológicas evolutivas, la especie humana, el *Homo sapiens*, aparece como el mamífero dominante: "Pese a las dificultades para remodelar las pautas de comportamiento agresivo forjadas a lo largo de siglos de evolución y pese a las graves amenazas de la destrucción del equilibrio biológico ... a la larga, el hombre conseguirá instalar en nuestro planeta un ecosistema estable" ¹⁴. ¿Podemos compartir, sin matizar, esta afirmación preñada de optimismo de Macferlane Burnet? También los cristianos esperamos ver un día "un cielo nuevo y una tierra nueva" (Ap 21,1), "en los que habite la justicia" (2 P 3,13). Esperanza que debe servir para esforzarnos por no abdicar de nuestra responsabilidad actual en la construcción de esa nueva tierra. En el momento presente, sin embargo, el hombre se ha constituido en el depredador por excelencia de la biosfera. "Así, poco a poco, se fue creando un orden pretendidamente paradisiaco: la naturaleza se iba estructurando a la manera de entender del hombre, su faz abrupta se iba recortando bajo el imperio de la comodidad humana y toda ella parecía transparentar únicamente el rostro de aquel que la iba dominando"¹⁵.

Desgraciadamente, y a pesar de las muchas voces de alerta, el rostro del hombre que la naturaleza nos refleja hoy, es un rostro agresivo, dominador y poco humanizado. "Los recursos vivos necesarios para la supervivencia del hombre y para un desarrollo sostenido se agotan o están siendo destruidos de forma acelerada, mientras que aumenta paralelamente la demanda humana de otros recursos. Si el deterioro de las tierras continúa al ritmo actual —señala el informe **Estrategia mundial para la conservación** de la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza—, casi una tercera parte de las tierras de cultivo del mundo quedará destruida dentro de 20 años"¹⁶.

¿Cuáles han sido las causas más profundas de la situación actual? Cuando llega la hora de responder a esta pregunta, son muchos los autores que sientan a la tradición judeo-cristiana en el banquillo de los acusados. "Max Weber fue el primero en hablar de la liberación de la naturaleza de sus acentos sacros por obra de la

(14) M. BURNET, *El mamífero dominante*. Alianza editorial, Madrid 1973.

(15) J.I. SAENZ-DIEZ, *La civilización del desperdicio*, Dopesa, Barcelona 1971, p. 76.

(16) EL PAIS, 12 de noviembre 1984, p. 25.

religión bíblica, como de un desencanto¹⁷, quitando toda visión mágica de la misma y acercándola al hombre. No está Zeus detrás de la tormenta, ni las ninfas anidan en las fuentes del bosque. El "creced, multiplicaos y dominad la tierra" (Gn 1,28) es la condición preliminar para el desarrollo de la mentalidad científico técnica; lo que unido a la creencia calvinista sobre la bendición anticipada en bienes económicos en esta vida, permitió el desarrollo de la primera revolución industrial en la Europa del siglo XVIII. Esta acusación llega a su cumbre en los años sesenta en la conferencia de Lyn White, publicada después en la revista *Sciences*, titulada "Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica"¹⁸. Según White, las enseñanzas de la Biblia justificarían el que el hombre occidental no haya tenido escrúpulos en devastar la tierra y agotar sus recursos para sus intereses egoístas. La deforestación de las selvas del Vietnam, el uso del Napalm, la tala de los bosques, el agotamiento de las más valiosas zonas pesqueras, la contaminación de los mares, la polución ambiental, etc., no serían sino manifestaciones de "la arrogancia de la ortodoxia cristiana frente a la naturaleza".

Pero quizá lo que más impresiona de la tesis de White es su afirmación de que "no basta recurrir a la ciencia o a la tecnología para reparar los errores ecológicos; hay que bajar al hombre del trono desde el que domina la creación y abandonar nuestra actitud opresiva frente a la naturaleza"¹⁹. La solución a la crisis no puede esperarse que venga de la ciencia o la técnica; puesto que las raíces son fundamentalmente religiosas, el remedio debe ser esencialmente religioso. ¿La acusación de White no puede ser un reto a los cristianos de hoy para profundizar en el mensaje bíblico y hacer una relectura del mismo?

Hay una segunda acusación al cristianismo, también de fondo, como causante de la crisis ecológica. La tradición judeo-cristiana se basa en una relación personal con el Dios de la Alianza; en ella está ausente la naturaleza. El pueblo de Israel nace en éxodo, como pueblo caminante y desencarnado de una tierra; su experiencia radical acontece en el desierto (Ex 5,3).

La tierra prometida que "mana leche y miel" (Ex 3, 8), cada vez está más lejos. Igualmente los cultos naturistas cananeos son fuertemente criticados (Is 1, 29; Os 4, 12-14; Dt 12, 2-3). La salvación es personal. El Decálogo regula y normativiza la relación hombre-Dios y hombre-hombre, pero está ausente de nuestra tradición la normativa de la relación hombre-naturaleza.

(17) S. SPINSANTI, *Ecología. II: Dimensión espiritual*, en: *Nuevo Diccionario de Espiritualidad*, Ediciones Paulinas, Madrid 1983, pp. 382-392.

(18) LYN WHITE, *The historical roots of our ecologic crisis*, *Sciences* 155 (1967) 1.203-1.207.

(19) S. SPINSANTI, *op. cit.*

Si somos sinceros hemos de confesar que esta segunda acusación no carece de fundamento. Ni en nuestros códigos morales, ni en la educación de nuestra conducta, se ha contemplado nunca el pecado de lesa naturaleza. No suele haber referencia en los manuales de Moral a la contaminación de la naturaleza, responsabilidad ante la higiene pública, el agotamiento de recursos, la calidad de vida, la devastación del paisaje, la ruptura de los equilibrios ecológicos, el agotamiento de las especies animales y vegetales, el abuso de los animales (salvo la bestialidad), etc. Sin embargo, estos pecados de lesa naturaleza preocupan a nuestra sensibilidad moderna y debemos repararlos con una conducta apoyada en nuestra misma tradición cristiana. El misterio de iniquidad (2 Ts 2, 7) también llega a la relación del hombre con la naturaleza, pero también a la naturaleza llega la salvación (Rm 8, 19-22).

IV Lectura ecológica la Biblia.

Son muchas las lecturas que se han hecho de la Biblia a lo largo de la historia. Sería ingenuo pensar que vamos a encontrar en su lectura la solución, a manera de recetas, a nuestros problemas ecológicos actuales. "Pero en el patrimonio cristiano, afirma F. J. Elizari, tanto en la Biblia como en importantes corrientes dentro de las comunidades cristianas a lo largo de la historia, contamos con apuntes significativos para un enfoque adecuado: de él no se han de esperar soluciones técnicas, sino un espíritu, un talante ante el hombre y ante la naturaleza, y unas orientaciones éticas" ²⁰. La Conferencia del Consejo Ecuménico de las Iglesias, tenida en Boston en 1979, abordó también el problema ecológico. En ella el teólogo alemán Gerhard Liedke propuso la necesidad de una relectura de la Biblia a la luz de las cuestiones que la ecología ha levantado ²¹. Intentamos introducir al lector a esta nueva lectura del Antiguo y del Nuevo Testamento con "sensibilidad ecológica" ²². Probablemente, muchas citas pertinentes no se han traído; el autor no es especialista en Sagrada Escritura. Las líneas que siguen son el fruto del intento de esta lectura ecológica.

Ciertamente en el Génesis encontramos el "creced, multiplicaos y dominad la tierra" (Gn 1, 28). Sin embargo, esta entrega al hombre de la creación puede entenderse en varias claves. Leída en clave de Derecho Romano, en el que el derecho de propiedad supone el *ius utendi et abutendi*, "el dominad la tierra" puede ser, ciertamente, una de las raíces del desastre ecológico, como muy bien apuntaba Lyn White. La lectura puramente natalista del texto, que también se ha hecho en la historia de la Iglesia, ha sido desautorizada por el Concilio Vaticano II, cuando anima a

(20) F.J. ELIZARRI BASTERRA, *Moral de la Vida y la Salud*, en: *Praxis cristiana*, Tomo 2: Opción por la vida y el amor, Ediciones Paulinas, Madrid 1981, pp. 155-162.

(21) G. LIEDKE, *La solidarité dans le conflit. Le Créateur, la Création, la Créature*, en: J.-L. BLONDEL, *Science sans conscience? Travaux de la Conférence du Conseil Ocuménique des Eglises (Boston 1979)*, Labor et Fides, Ginebra 1980, pp. 47-57.

(22) *Living Within Limits. Church and Society newsletter*, n.º 2, spring 1985, pp. 1-3.

los esposos para que "con responsabilidad humana y cristiana cumplan su obligación de paternidad con dócil reverencia hacia Dios"²³. Acudir a la misma Sagrada Escritura es sin duda la clave más adecuada para una lectura correcta del texto bíblico. El derecho de propiedad sobre la tierra, en el Antiguo Testamento, "no es absoluto, sino que es visto en plena dependencia de Dios y como condicionado por la exigencia absoluta del Dios soberano"²⁴. Se nos dice en el libro del Levítico: "La tierra no puede venderse para siempre, porque la tierra es mía, ya que vosotros sois para mí como forasteros y huéspedes" (Lv 25, 23). No cabe duda que el hombre no es el dueño absoluto de la tierra, ni de los animales que la pueblan (Dt 12, 20-28).

Hablando con todo su corazón, el autor del Libro de la Sabiduría le pide ésta al Señor diciendo:

"Dios de los Padres, Señor de la misericordia, que con tu palabra hiciste el universo, y con tu sabiduría formaste al hombre para que dominase sobre los seres por tí creados, rigiese el mundo con santidad y justicia y ejerciese el mando con rectitud de espíritu, dame la sabiduría que se sienta junto a tu trono" (Sb 9, 1-4).

He aquí la clave de la lectura del Génesis (1, 28): el hombre, ciertamente, ha sido creado para dominar los seres creados, pero ha de dominarlos con **santidad** y **justicia**, que son los atributos divinos por excelencia.

El Libro del Eclesiástico nos habla también de esa actitud sapiencial frente a la naturaleza, a la que nos referíamos antes:

"De la tierra creó el Señor al hombre
y de nuevo le hizo volver a ella.
Días contados le dió y tiempo fijo,
y dióle también poder sobre las cosas de la tierra ...
Sobre toda carne impuso su temor
para que dominara a fieras volátiles ...
De saber e inteligencia los llenó,
les enseñó el bien y el mal.
Puso su ojo en sus corazones
para mostrarle la grandeza de sus obras"
(Si 17, 1-10).

(23) *Constitución sobre la Iglesia en el mundo actual*, n.º 50.

(24) F. KLÜBER, *Propiedad*, en: *Sacramentum Mundi. Enciclopedia Teológica*, Herder, Barcelona 1974, Tomo 5, pp. 582-587.

Una vez más se nos dice que el dominio debe ser un dominio inteligente y responsable, puesto que el hombre es capaz de discernir el bien y el mal.

Ante tanta responsabilidad, el mismo hombre se admira y hace exclamar al salmista:

"¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él?...
Le hiciste señor de las obras de tus manos,
todo fue puesto por ti bajo sus pies;
ovejas y bueyes, todos juntos
y aun las bestias salvajes
y las aves del cielo y los peces del mar"
(Sal 8, 5-9).

Admiración del hombre que le hace estallar de alegría y agradecimiento "¡Oh Yahveh, Señor Nuestro, que glorioso es tu nombre por toda la tierra!" (Sal. 8, 10). La creación entera, entregada al hombre, vive sin embargo porque Dios está presente y todos los vivientes dependen de él.

"Todos ellos de tí están esperando
que les des a su tiempo su alimento;
tú se lo das y ellos lo toman,
abres tu mano y se sacian de bienes.
Escondes tu rostro y se anonadan,
les retiras su soplo, y expiran
y a su polvo retornan.
Envías tu soplo y son creados
y renuevas la faz de la tierra"
(Sal 104, 27-30).

La presencia de Dios en la creación se manifiesta en la Sabiduría, presente desde el comienzo del mundo, custodiando el equilibrio que el autor del libro de los Proverbios ve en el asiento de los cielos, en el poner los límites al mar y los cimientos a la tierra, en el afianzar las aguas del abismo (Pr 8, 23-31). En esta naturaleza en equilibrio existe también el mal; mal personalizado en seres dañinos que tienen su misión de castigo, pero no obran como fuerzas ciegas, sino que son obedientes, prontos a cumplir su menester, y, cuando actúan, no van más allá de su mandato.

"Hay vientos creados para el castigo,
en su furor ha endurecido él sus látigos;
al tiempo de la consumación su fuerza expanden,

y desahogan el furor del que los hizo.
Fuego y granizo, hambre y muerte
para el castigo ha sido creado todo ésto.
Y dientes de fieras, escorpiones, víboras
y espada vengadora para la perdición del impío.
Todos hallan contento en hacer su mandato,
en la tierra están prontos para su menester,
y llegada la ocasión no traspasarán su orden“
(Si 39, 28-31).

Una parte importante de la creación la constituyen los animales, creados en el día cuarto y quinto. Animales que son fundamentalmente un bien. “Y vió Dios que estaba bien” (Gn 1, 20-25), porque “las obras del Señor son todas buenas, a su tiempo provee él a toda necesidad” (Si 39, 33).

La alianza de Dios con Noé, después del diluvio, se extiende a toda la creación y en especial “con toda alma viviente que os acompaña: las aves, los ganados y todas las alimañas que hay con vosotros, con todo lo que ha salido del arca, todos los animales de la tierra” (Gn 9, 9-10).

Animales a los que Dios alimenta. En muchas ocasiones aparece en el Antiguo Testamento esta cercanía de Dios que da de comer a los animales. “Abres tú la mano y sacias el deseo a todo viviente” (Sal 145, 16), porque todos los animales, grandes y pequeños, “de tí están esperando que les des a su tiempo el alimento” (Sal 104, 27). Tradición que encontramos recogida en las palabras de Jesús “Mirad las aves del cielo que no siembran, ni cosechan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta” (Mt 6, 26).

Animales de los que Dios se apiada. Al final del libro de Jonás, cuando el Señor quiere darle la gran lección de misericordia al Profeta, le dice: “¿Y no voy a tener lástima yo de Nínive, la gran ciudad, en la que hay más de ciento veinte mil personas, que no distinguen su mano derecha de su izquierda y una gran cantidad de animales?” (Jon 4, 11). “Porque Dios salva a los hombres y a las bestias” (Sal 36, 7). “Pues más son todas las fieras de la selva, las bestias por millares en mis montes, conozco todas las aves de los cielos, son más las bestias de los campos” (Sal 50, 10-11), y ninguno de esos pajarillos del cielo, nos dice Jesús, cae en tierra sin el consentimiento del Padre (Mt 10, 29).

El descanso sabático tiene un sentido profundo de restauración de un equilibrio a que se ha roto por el trabajo, descanso que se extiende a la tierra. “La tierra tendrá también su descanso en honor de Yahvéh. Seis años sembrarás tu campo, seis años producirá tu viña y cosecharás sus productos, pero el séptimo año será de completo

descanso para la tierra" (Lv 25, 2-4). Y descanso también para los animales "seis días harás tus trabajos, y el séptimo descansarás, para que reposen tu buey y tu asno" (Ex 23-12). El animal es compañero de trabajo del hombre, pero también tiene sus derechos. Por eso se ordena en el Libro del Deuteronomio que no se ponga bozal al buey que trilla (Dt 25, 4), porque el hombre justo "cuida de su ganado" (Pr 12, 10).

En el Libro de Baruc encontramos una acusación velada a los "que dominan las bestias de la tierra, los que juegan con las aves del cielo" (Ba 3, 16-17). Estos son comparados con los que atesoran, que no conocen el camino de la sabiduría (Ba 3, 20).

Sin violentar los textos nos dice Passmore: "La imagen del buen pastor, a cuyo ganado no faltará nada, acude a los labios del salmista (Sal 23) con la misma naturalidad que a los de Ezequiel (Ez 34). El arte cristiano primitivo representa a Jesús como Pastor"²⁵. La imagen del buen Pastor, que fortalece las ovejas débiles, cuida a la enferma y cura a la herida (Ez 34, 4), fue especialmente querida por Jesús: "Yo soy el buen pastor" (Jn 10, 11).

Expurgando en el Deuteronomio nos encontramos con una serie de preceptos de pureza legal, algunos de los cuales tienen un auténtico sabor ecológico, como la limpieza del campamento. "Tendrás fuera del campamento un lugar, y saldrás allá fuera. Llevarás en tu equipo una estaca, y cuando vayas a evacuar afuera, harás un hoyo con la estaca, te darás vuelta y luego tapparás tus excrementos. Porque Yahvéh, tu Dios, recorre el campamento para protegerte" (Dt 23, 13-15).

Hay también en el Deuteronomio una prescripción muy curiosa: "Si encuentras en el camino un nido de pájaros con polluelos o huevos, sobre el árbol o en el suelo, y la madre está echada sobre los polluelos o sobre los huevos, no tomarás a la madre con las crías. Deja marchar a la madre, y luego tomarás para tí las crías. Así tendrás prosperidad y larga vida" (Dt 22, 6-7). Creo que puede hacerse del texto una lectura sencilla en términos de depredador-presa. Si se coge a la madre junto con los polluelos, se produce la devastación completa; dejando marchar a la madre, queda la posibilidad de que ésta forme una nueva nidada.

En la misma tendencia de no devastar se encuentra este otro texto, relativo a la conservación del suelo y del bosque, del Libro del Levítico que antes comentamos. "El séptimo año será de completo descanso para la tierra" (Lv 25, 2-5). En el Deuteronomio se habla también de los árboles, a los que hay que respetar: "Si, al

(25) J. PASSMORE, *La responsabilidad del hombre frente a la naturaleza*, Alianza Universidad, Madrid 1978, p. 23.

atacar una ciudad, tienes que sitiarla mucho tiempo para tomarla, no destruirás su arbolado metiendo en él el hacha; te alimentarás de él sin talarlo. ¿Son acaso hombres los árboles del campo para que los trates como sitiados?" (Dt 20, 19).

Desgraciadamente no podemos afirmar que nuestra llamada civilización haya sido tan respetuosa con los árboles como el precepto bíblico nos apremia; sirva de recuerdo la deforestación masiva del Vietnam, los incendios forestales intencionados en nuestro país, la tala de árboles indiscriminada y abusiva en la selva del Brasil, movida por un afán desmesurado del lucro proveniente de la madera y pasta de papel, y la desertización creciente en tantas partes del planeta. El arruinar sucesivamente distintas áreas, desertizando notables extensiones de terreno, es una constante de la humanidad desde que se consiguen los primeros asentamientos hace unos 10.000 años ²⁶.

Así como veíamos anteriormente que la imagen del "buen pastor" es una constante bíblica, a través del Antiguo y Nuevo Testamento, hay otra imagen que también se continúa en los escritos bíblicos: la imagen de la viña. La canción de Isafas en la que se canta el amor de Dios a la viña, imagen del pueblo de Israel y de la Iglesia ²⁷, comienza con unos versos llenos de gran lirismo:

"Voy a cantar a mi amigo
la canción de su amor por su viña.
Una viña tenía mi amigo
en un fértil otero.
La cavó y despedregó
y la plantó de cepa exquisita.
Edificó una torre en medio de ella
y además, excavó en ella un lagar"(Is 5, 1-2).

Este amor de Dios a las plantas está también recogido en la predicación de Jesús, que nos dice que el Padre hace crecer a los lirios del campo "que ni Salomón, en toda su gloria, se pudo vestir como uno de ellos" (Mt 6, 28-29).

V ES POSIBLE TODAVIA

Ante las voces alarmistas y catastrofistas son muchos los que proclaman que es posible todavía. Al final de su libro antes comentado, Macfarlane Burnet se pregunta: ¿es posible una esperanza al final? El cree que "el mundo no está desprovisto de buena voluntad y altruísmo, ni siquiera de capacidad de abnegación e

(26) R. MARGALEF, *Ecología* p. 794 y ss.

(27) *Constitución dogmática sobre la Iglesia*, n.º 6.

incluso de martirio por una causa noble. Estas cualidades tienen que tener un fundamento evolutivo" ²⁸. Y termina diciendo: "un mundo viable y tolerable —un ecosistema humano estable para el mundo— es conceptual, ecológica y socialmente posible" ²⁹. Igualmente, Xavier Weeger, en la presentación del "dossier" *L'écologie, Enjeu Politique*, afirma que las acciones ecologistas "pueden ser el origen de un movimiento de toma de conciencia popular que sobrepase los puros medios ecologistas o científicos y desemboquen en el nivel verdaderamente importante, el de la acción económica y política" ³⁰.

Para el cristiano, que espera la redención de toda la creación, la solución a los problemas ecológicos es una de las manifestaciones de la realización anticipada del futuro absoluto, Reino de Dios, donde debe haber un equilibrio de toda la creación bellamente expresado también por el Profeta Isaías:

"Serán vecinos el lobo y el cordero,
y el leopardo se echará con el cabrito,
el novillo y el cachorro pacerán juntos,
y un niño pequeño los conducirá.
La vaca y la osa serán compañeras,
juntas acostarán sus crías,
el león, como los bueyes, comerá paja. [...]
Nadie hará daño, nadie hará mal"
(Is 11, 6-9)

Pero este reino soñado no surge por arte de magia; es el reino fruto del trabajo y de la "aceleración" (2P 3, 12) imprimida por todos aquéllos que tienen "hambre y sed de justicia" (Mt 5, 6).

En la construcción de este reino, la ciencia y la técnica, que tienen también su gracia y su desgracia, según la expresión feliz de Leonardo Boff, pueden "poner las bases de un nuevo humanismo: permitirán transformar el mundo circundante y establecer un nuevo tipo de relaciones del hombre con la naturaleza... El hombre puede modificar la faz de la tierra de manera racional, coherente y humana, de acuerdo con las leyes que va descubriendo" ³¹.

La naturaleza se le da al hombre para ser dominada, usada y contemplada en el camino de la "sabiduría" ³². Es necesario y urgente la construcción de toda una

(28) M. BURNET, *op. cit.*, p. 189.

(29) *Ibidem*, p. 204.

(30) X. WEEGER, *L'écologie, enjeu politique*, Le Monde, París 1978, p. 5.

(31) L. BOFF, *Gracia y liberación del hombre*, Ediciones Cristiandad, Madrid 1978, p. 92.

(32) I. ELIZARI BASTERRA, *op. cit.*, p. 161.

teología de la creación ³³, y de una nueva moral de la relación hombre-naturaleza ³⁴. Pero quizá sea previo el adquirir una nueva sensibilidad, que nos permita hacer una lectura ecológica de los fundamentos escriturísticos y de la tradición. En un principio, el hombre fué capaz de dar nombre a todo ser viviente (Gn 2, 19-20). ¿Seremos capaces de dar un nombre nuevo a toda la naturaleza con esa "sabiduría artífice del universo"? (Sb 8, 6) ³⁵.

Ignacio Núñez de Castro

(33) "Ultimamente la teología de la creación ha perdido su lugar entre los tratados teológicos, en favor de la antropología". A. GESCHÉ lo ha expuesto recientemente en *La Création: cosmologie et anthropologie*, *Revue Théologique de Louvain* 14 (1983) 147-166. Sobre el mismo tema puede consultarse: J. MOLTSMANN, *El futuro de la creación*, Sígueme, Salamanca 1979.

(34) Los escritos sobre la nueva moral hombre-naturaleza van siendo más numerosos en los últimos años. Recogemos algunas aportaciones: J.-M. AUBERT, *Un nouveau champ éthique: l'écologie*, *Revue Science Religieuse* 56 (1982) 201-219, con una abundante bibliografía; G. SIEGWALT, *Ecologie et théologie*, *Revue Historique Philosophie Religions* 54 (1974) 341-365; *Notes on Moral Theology: Toward an Ethics of Ecology*, *Theological Studies* 32 (1971) 97-107.

(35) La traducción de la Biblia utilizada en este trabajo ha sido la de la *Biblia de Jerusalén*, Desclée, Bilbao 1967.